

HISTORIA DE JUVENTUD PERONISTA

Históricamente, las revoluciones que han ido operando sobre las estructuras de opresión que impiden el avance autónomo de las comunidades nacionales, vieron en los artífices del sometimiento enemigos poderosos, de incontables recursos y sobre todo, con una sólida y devastadora decisión política. De allí que reunieron bajo sus banderas emancipadoras diversos sectores sociales, heterogéneas vertientes ideológicas, tácticas poco ortodoxas de lucha y una rotunda convicción de que el hambre de los pueblos sólo se destierra, más allá de claudicaciones coyunturales, con firmeza en los objetivos y perseverancia histórica. Pero todas ellas contaron, como si resultase esencial a su vigencia, con un elemento inclaudicable y permanente que les brindó sacrificio militante, presencia y continuidad: la juventud. En el marco de una revolución, los jóvenes no sólo ocupan el espacio que como generación de hecho les corresponde, sino fundamentalmente han sostenido e impulsado el surgimiento y consolidación de los procesos de transformación social que protagonizaron. Lejos de significar un simple reaseguro biológico, la juventud garantiza el carácter dinámico de los procesos de cambio y les imprime un aporte incesante de renovación combativa, actualización política y recambio generacional. La caducidad y el estancamiento han sido y son tumores que perturbaban la lucha liberacionista, y es allí, precisamente, donde la juventud, ya sea por la rebeldía propia de su condición o por las exigencias a la que la somete la crisis política mundial, desempeña una función preponderante. Si las experiencias descolonizadoras del tercer mundo se apoyan necesariamente en las clases proletarias o en el campesinado en tanto sectores objetivamente enfrentados con la estrategia imperial, si la revolución rusa trajo aparejada la remoción del despotismo zarista, ambas realidades como muchas otras, sellaron la vital injerencia de la sangre nueva en su seno. Nombres como el de Fidel Castro que a los 32 años lideraba el movimiento liberador cubano, o el de Indira Gandhi quien a los 14 se destacaba como mensajera clandestina de las luchas por la independencia de su nación, parecen confirmarlo. Se suman a ellos, reconocidos protagonistas del Tercer Mundo como Nasser que a los treinta años acaudillaba la Guerra Árabe, Gaddafi o Sekou Tourne. Sin olvidar a Rosa Luxemburgo, afiliada al Movimiento Socialista Revolucionario a los 16 años o a León Trozky quien a los 26 años conducía el levantamiento ruso de 1905. Sería larga la lista de notorios personajes que desde jóvenes desarrollaron una frondosa agitación, despertando la atención mundial. Martin Luther King o Chou en-lai son sólo algunos de ellos. Esto, sin olvidar, claro está, que toda empresa transformadora recibe su aval más

profundo en la colaboración subterránea pero afanosa e inclaudicable de miles y miles de militantes que promueven los avances políticos y sociales profundos. Apenas haría falta recordar la participación anónima de cantidades de muchachos en la guerra de liberación salvadoreña o el inolvidable vigor de organizaciones como la UES en la revolución peronista.

Las clases dominantes con el olfato que les brinda el privilegio, han tejido todas y cada una de sus reacciones históricas, apuntando contra la movilización juvenil, sabiendo que golpeándola enterraría la permanencia combativa de los proyectos revolucionarios. Las brutales represiones golpistas en Chile 73 o Argentina 76, como muchas otras, señalan a la juventud junto al movimiento obrero, como el preciso blanco de quienes precisan de la dominación popular para fundar su beneficio. En definitiva, sabedor del fabuloso engranaje que la juventud representa como instancia actualizadora y de insustituible agilización política, conciencia además de la potencia anónima de su militancia encierra y dado la importancia que los planes imperiales otorgan a su persistencia organizativa, un proceso revolucionario que desconozca a la juventud o la postergue, será como un cuerpo sin sangre o un gran tanque sin balas, e ineluctablemente tenderá a su desaparición o a su burocratización, lo que es lo mismo.

La historia de nuestra patria, lejos de escapar al peso de esta realidad, marca la intensa adhesión de los jóvenes a los proyectos de remoción social que significaron victorias resonantes del campo popular sobre las clases opresoras y el imperio que les da vida. Nuestro pasado nos muestra una constante que fundamenta y justifica el esfuerzo que hoy más que nunca nuestro futuro requiere: la dependencia. Primero fue la dominación española sustituída luego por el imperialismo británico. La Revolución de 1810 significó el fin del comercio monopolista español y el comienzo de nuestra dependencia librecambista con Inglaterra, con la consiguiente acentuación de la pobreza y el atraso de los sectores marginados. Las artesanías del interior por una parte y la burguesía mercantil y portuaria por el otro, una aferrada a las reivindicaciones nacionales y otra complicada en la trampa imperial de sometimiento económico y dependencia cultural; servirían de prólogo a un libro, la Argentina, que marca la bipolaridad de la adhesión popular a procesos revolucionarios de afirmación nacional y la servidumbre de los sectores que detentan el poder socioeconómico hacia los imperios que en diferentes momentos del pasado y el presente propios, acecharon y socavaron nuestros deseos independentistas. Unitarios y federales, montoneras y poder porteño, causa y régimen, peronismo y antiperonismo, son sólo jalones del enfrentamiento movilizador de la vida política argentina, y el descubrimiento del apoyo de los sectores sociales a una y a otra de las alternativas de hierro na-

ción o imperio. Burguesía liberal porteña y oligarquía terrateniente y agroexportadores se unen por un lado gracias al hilo de la historia para oprimir al pueblo; gauchos y criollos del interior, sectores marginales, movimiento obrero y empresariado nacional por el otro empujando la revolución en diferentes coyunturas. Toda esta larga lucha contó de manera protagónica con la asistencia juvenil. Mas allá de diferencias, nombres como Mariano Moreno que muere con sólo 32 años o Juan Bautista Alberdi que a los 26 años escribe "Fragmentos al estudio preliminar del Derecho", una de las más encendidas obras del pensar argentino y una tenaz defensa del rosismo; el mismísimo Rosas que alcanza la gobernación de la Provincia de Buenos Aires con sólo 34 años, Yrigoyen que alza la revolución del 90 con 37, rubrican junto a líderes continentales como Augusto Cesar Sándino, Simon Bolívar o José Martí, el aporte sustancial de la juventud a la liberación popular. Pero tal vez convenga, desentrañar del fondo de nuestra historia y del corazón de los descamisados, el ejemplo más esplendoroso y permanente: el de una mujer que a los 25 años de edad, junto a un inigualable conductor de masas que fue Juan Perón, lideraba una revolución popular y ocupaba un sitio de privilegio en la militancia femenina de las naciones postergadas: Evita.

Ya nadie duda en el movimiento peronista de la existencia concreta de una instancia de creación y trabajo que aflora con distintos nombres y matices, con enfoques históricos dispares y hasta con encontradas acepciones ideológicas, pero que en su conjunto conforma ese porte en permanente efervescencia que el pueblo argentino brinda generacionalmente a la revolución nacional y que es la JUVENTUD PERONISTA. Producto de su intento incorruptible por quebrar el régimen imperial, avalada por su energía movilizadora, abonada por sus muertos y sus firmes ansias de renovación, el espacio que legítimamente les corresponde solo puede ser ignorado por la ceguera de las viejas generaciones o lo que es peor, por oscuros intereses que se contradicen con el destino liberador del justicialismo.

A lo largo de su trayectoria, se han dado cabida en la JUVENTUD PERONISTA proyectos o actitudes políticas que abarcan desde la derecha operacional, con posiciones desfasadas y macartistas hasta el foquismo elitista, pasando por un cúmulo de experiencias de lucha que acompañaron e interpretaron las aspiraciones juveniles de la coyuntura y le concedieron el cauce necesario en el proceso de transformación que se propone el peronismo. Desde las organizaciones de cuadros como "Guardia de Hierro", "FEN", "Encuadramiento", siguiendo por los grupos como "CNU" o "JPRA", incluyendo el proyecto masivo de Montoneros, sin contar con una infinidad de pequeños grupos territoriales o profesionales ligados a organizaciones o agrupaciones regionales, todas ellas marcan el amplio espectro participativo con que la juventud contó en el Movimiento. Muchos son los nombres que han tomado los diversos grupos y tendencias a través del tiempo: MJP, Brigadas Regionales, JUP, OUTG, Descamisados, FAP, Lealtad Peronista, Comando de Organización, Brigadas de Trabajo, Tacuara, Comandos Tecnológicos, etc. pero si bien todos ellos son precarios exponentes de la certeza revolucionaria de nuestro pueblo, garantizan a su vez, y esta será la tesis de esta entrega, que el Movimiento Peronista ha resultado un ejemplo en lo que a afluencia y captación juvenil se refiere.

FUNDACION DEL MOVIMIENTO :

El peronismo surgió como antítesis de la Argentina liberal. Sintetizaba fuerzas que se habían consolidado gracias a la quiebra del sistema mundial de intercambios en que la Argentina estaba integrada como apéndice agroexportador de los núcleos imperialistas, fuerzas que recibieron el estímulo del cese de importaciones durante la segunda guerra y determinaban un incipiente desarrollo nacional que chocaba con el viejo y miserable esquema de dependencia pastoril. Al apuntar a los intereses oligárquicos y desarmar los dogmas que durante varios decenios apuntalaron la postración argentina, al expresar las reivindicaciones de la clase trabajadora que por primera vez se convertía en partícipe estelar de la vida

política argentina, el peronismo se transformó en el blanco dilecto de la reacción imperial. En la Argentina de principios y mediados de siglo, ningún político, sin exceptuar a los socialistas, dubitaba acerca de la omnipotencia del imperialismo inglés. La obsesión colonizante de nuestro destino agropecuario poco menos que inmutable, delezando el desarrollo industrial por irrealizable, irracional o antieconómico, pone en evidencia el complejo generado por una conciencia antinacional que negaba la posibilidad cercana o remota de erradicar la colonización concentrada en el abastecimiento del mercado inglés. Como fético marco institucional, el fraude electoral impuesto por el General Justo desde 1931, y la sumisión ante el imperialismo avalada por los conservadores, los demoprogresistas, el radicalismo antipersonalista y la izquierda sin raíces en el camino popular, marcaban la dinámica de un país fraguado por la oligarquía a costa de la miseria de los trabajadores que se aglutinaban alrededor de la incipiente y desprotegida industria, que insinuaba su vigoroso porvenir luchando contra la corrupción estatal, la mentalidad colonial y la estrategia del imperialismo.

Todo aquello era la imagen de un ^{país} rendido y caduca, agotado en la supreestructura y sin esperanzas. En el marco de un gobierno decidido pero contradictorio y algo improvisado como el que surgió el 4 de junio, Perón era conciente que el momento de generar una alternativa histórica de poder y de renovación que expresara las ansias de una Argentina joven e independiente no podía ser más apropiado. Las nuevas generaciones precisaban un movimiento nacional de orientación antioligárquica, y nadie como Perón asimiló esa realidad. Es por eso que apuntó a dos núcleos fundamentales para frenar la embestida imperial: los núcleos políticos de los viejos partidos y el proletariado incipiente; ambos avalados por una característica que los hacía necesarios y hasta vitales: su juventud. Sustentado por el indudable carácter nacional-industrialista del gobierno del 4 de junio, Perón tomó contacto con personalidades del Yrigoyenismo, rescatando allí a hombres de la talla de Homero Mancí, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz o Luis Dellepiane, así como acercó a hombres provenientes del partido radical como Hortensio Quijano, Guillermo Leloir o Italo Luder, o del Partido Comunista como Eduardo Asteasano o Rodolfo Puigrós. Pero quizás el gran impulso del surgimiento peronista provino de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La situación social, por aquel entonces, era calamitosa. Los mendigos pululaban por las calles, las mujeres jóvenes imploraban la caridad pública, los empleados llegaban a la vejez sin jubilaciones, los obreros eran vejados o desatendidos por los organismos de trabajo y millones de argentinos trabajaban de 15 a 20 horas diarias. Perón, con gran sentido estratégico y profunda sensibilidad social, desarrolló desde allí el sustento de su proyecto político. Enérgicamente comenzó a corregir la crítica situación,

sin circunscribir su acción a la coyuntura, se dispuso a lanzar la gran revolución social y popular que resultaba imperiosa para desterrar de fondo las calamidades de la dependencia. Tomó contacto con todos los sectores obreros, que enrolados en las filas del anarquismo, el socialismo o el comunismo estaban atados al criterio puramente reivindicativo que les impedía cuestionar el sistema de dominación como verdadero causante de la injusticia social. Hombres como Borlengui o Bramuglia y dirigentes de la ascendencia de Molinari, Lazco o Andreotti, pasaron a engrosar las filas del surgiente movimiento. Esta larga lista de figuras provenientes de diferentes orígenes y extracciones ideológicas o sociales, junto a otros nombres como los de Domingo Mercante, Ramón Carrillo, Héctor Campora, John William Cooke, Antonio Cafiero o José María Castiñeira de Dios nos permiten verificar con certeza histórica que el movimiento revolucionario que Perón forjaba poco a poco, parecía asentarse inequívocamente en una camada de luchadores que apenas si superaba los 25 años.

Pero, toda esta calculada urdimbre apoyada por el fervor de los trabajadores en la figura de Perón, y en la búsqueda de una nación actualizada y participativa por parte de los sectores juveniles, despacharía su gran golpe político en lo que fue tal vez el día clave en la historia argentina de este siglo.

EL 17 DE OCTUBRE:

La crónica de esta epopeya tiene por objeto entender que no fue el producto de la espontaneidad sino del trabajo organizado de una generación renovadora conducidos por la dimensión de un gran líder de posguerra.

El accionar político de Perón y su férrea convicción de que sólo incorporando al movimiento obrero en un estamento decisivo de las luchas nacionales, uniendo tras de él a todos los sectores que comprendiesen la problemática liberacionista, fue desgastando su relación con buena parte de las FF.AA y produjo un creciente malestar que se hacía difícil de disimular. Muchos de sus integrantes simpatizaban con los nacionalismos europeos y la derecha católica, y en ese esquema el protagonismo de los marginados y los desposeídos estaba lejos de encajar. Algunos de ellos, fundamentalmente provenientes de la Marina y el Ejército, comenzaron a ver en el coronel a una figura peligrosa, mientras que un grupo más pequeño pero fiel a Perón sostenía la necesidad de profundizar los aspectos progresistas del movimiento del 4 de junio pero brindándole sustento popular y legitimidad constitucional. A principios de octubre el primer grupo tomó la iniciativa. Por aquel entonces Perón ya era Vicepresidente de la Nación y optó para el cargo de Secretario de Correos y Telecomunicaciones por Nicolini, un hombre recomendado por Eva Perón, quien ya con su fuerte personalidad y su desaprensiva militancia femenina

despertaba preocupación y recelo en los mandos aún atados a los códigos de una sociedad que desfallecía. Esta decisión fue la gota que rebalsó el vaso. Mientras el embajador americano Spruille Braden organiza la "reacción democrática" que enfrentaría a Perón en las proyectadas elecciones del 24 de febrero, el General Avalos y el Almirante Vernengo Lima presionan a Perón y lo obligan a despojarse de todos sus cargos, lo detienen por razones de seguridad personal y es conducido a la isla Martín García.

Pero la gestión popular del coronel ya no se podía neutralizar. Pronto los jóvenes colaboradores de Perón junto con Evita se movilizan para rescatar al líder. Recorren los frigoríficos de Berisso y Ensenada, las fábricas de Avellaneda y Quilmes, y pronto la "chusma yrigoyenista" o el "malón federal" que las mentes oligárquicas alguna vez habían despreciado, ganan en la calle. El día 14 la CGT declara la huelga en principio y el 16 el Comité Central Confederal luego de diez horas de discusión se decide a la lucha. Pero el pueblo no esperó. El día 17 las columnas de Berisso, Ensenada, del Swift y de Armour avanzan sobre la capital y se apoderan de la Plaza de Mayo con una sola consigna: ¡Libertad a Perón! Era la derrota de la maniobra imperial. La derecha liberal gemía azorada, los conservadores apenas si reaccionaban y la izquierda no perdía la oportunidad para opinar. Decía un Falta en el original paginas 8-9-10 publicado por el PC el 21 de octubre:

...ta con protección oficial y asesoramiento oficial que azotó al país, ha provocado rápidamente, por su gravedad, la exteriorización del repudio popular de todos los sectores de la República y millones de protestas. Hoy la Nación en su conjunto tiene clara conciencia del peligro que entraña el peronismo y de la urgencia de ponerle fin... En el primer orden, nues tros camaradas deben organizar y organizarse para la lucha contra el peronismo hasta su aniquilamiento. Perón es el enemigo número uno del pueblo argentino.

Respetando fielmente su tradición, la izquierda meaba fuera del tarro.

Peró el poder político de Perón era ya innegable, y el 17 de octubre significaba el preludio de la revolución que el peronismo llevaría adelante luego de su victoria electoral del 24 de febrero.

4000 Unidades Básicas de las cuales el 34% eran dirigidas por jóvenes de no más de 35 años. O sino bien vale recordar que Antonio Cafiero fue ministro de Perón con sólo 31 años, Ramón Carrillo fue activo participante de la revolución con 39 y brillantes diputados de la época como Héctor Campora o Oscar Albrieu orillaban los 30 años.

LA CAIDA

Pero no todas eran rosas para el gobierno constitucional. La remoción de los privilegios oligárquicos, la pérdida de injerencia imperial en la vida interna argentina, la fuerza política de los trabajadores, la afirmación de una cultura nacional, eran demasiados obstáculos para el sistema imperialista. Había que preparar la contraofensiva.

Algunas condiciones que escapaban al control del gobierno revolucionario preparaban el terreno propicio para la maniobra. La soledad de un proceso como el peronista en medio de una Latinoamérica azotada por las dictaduras entreguistas, las sequías del 51 y el 52, la muerte de Eva Perón y con su desaparición, la pérdida del cuadro táctico más importante de la lucha, una cierta burocratización en los niveles intermedios del movimiento y fundamentalmente una oposición que poco a poco se convertía en conspiración. Engañados sutilmente por la patraña oligárquica, movidos por prejuicios raciales, culturales o de clase y pidiendo por una libertad abstracta y utópica en un proceso de transformación social, los sectores medios comenzaron a socavar la estabilidad del gobierno. La ceguera imperdonable de los viejos políticos parlamentaristas o de comité, la fatal tilinguía del medio pelo, el reformismo ciego de una universidad que exigía ciencia y olvidaba al pueblo, y la complicidad de una iglesia conservadora y reaccionaria que confundía beneficencia con justicia y divagaba con el fantasma del comunismo, prepararon el plato que se comería el imperialismo usando de cuchillo a las bayonetas de unas FF.AA que por aquel entonces, en buena parte, desconfiaban de Perón y su ascendiente sobre las masas.

El 16 de junio fue el gran anticipo. En una demostración de lealtad popular al gobierno, la aviación naval bombardea de manera insólita e inescrupulosa la Plaza de Mayo y asesina a más de 440 personas y hiere a muchas otras. La contrarrevolución era un hecho. Las presiones internacionales se suceden y el movimiento insurreccional ante el apoyo de las FF.AA, toma fuerza. Los permanentes llamados de Perón a la conciliación y al diálogo son desoidos o refutados. La revancha gorila era ciega; ante el resquicio pide la cabeza de Perón. El enfrentamiento era ya inevitable. El general Lonardi levanta el regimiento de Córdoba y el 15 de setiembre se inicia la Revolución Libertadora.

Perón, conciente que la alternativa era la retirada general estratégica o la guerra civil, abandona el gobierno y se retira al exilio.

Era el 16 de setiembre de 1955. Comenzaban 18 años de dictadura oligárquica.

Apenas delineados sus postulados fundamentales, la Revolución Libertadora, en un principio con el General Lonardi a la cabeza y al morir éste conducida por Pedro Eugenio Aramburu, reveló el espíritu de sus objetivos y el trípode sociopolítico que la soportaría: la oligarquía, explotadora y golpista; las Fuerzas Armadas, brazo armado de la antipatria; y los imperialismos como supremos ideólogos e instigadores de la vuelta a la miseria y el atraso. Avalada desde su parto tanto sea por la partidocracia liberal, como por la izquierda colonizada que se obstinaba en etiquetar al peronismo de fascista, el movimiento reaccionario de setiembre debía cumplir con la misión histórica que sus padrinos, los sectores dominantes, le habían impuesto: disolver el laborioso complejo organizativo que el peronismo había urdido como reaseguro y condición de posibilidad de su avance revolucionario, abolir en profundidad y magnitud la obra liberadora del gobierno justicialista, y asegurar que las fuerzas sociales y políticas que habían engendrado el fenómeno iniciado en 1945 agotaran definitivamente sus potencialidades decisorias. La venganza oligárquico-imperialista sólo tenía un camino para consumir este plan de entrega y retorno al coloniaje: la represión. Como Mitre había ensangrentado los uniformes porteños para exterminar las montoneras federales del Chacho Peñaloza, el escarmiento a quienes habían osado sacudir las estructuras de dependencia pastoril, no se hizo esperar. Se declara fuera de la ley al Partido Peronista, se disuelve la CGT interviniéndose sus locales a punta de pistola, se procesa jurídicamente a los miembros del parlamento condenándolos a prisión perpetua en la cárcel de Ushuaia, se incautan diarios y revistas peronistas, se producen encarcelamientos masivos de mujeres, se crean campos de concentración en la Patagonia para alojar presos políticos, se ametralla a obreros que defendían bustos de Eva Perón en Lanús, Berisso y Ensenada, proliferan las cámaras de tortura en las que muere el famoso actor Enrique Muñiz y queda en estado de locura el jefe de la policía federal comisario Gamboa, se suprime el derecho de huelga, se declara en comisión al Poder Judicial, se dicta la ley 4161 que decreta prisión a quien mencione o exhiba retratos del General Perón, se fusila a obreros en el Basural de José León Suarez, y por si esto fuese poco, en un levantamiento militar que exigía la vuelta al orden constitucional, se fusila al General Valle y a 34 personas más. Norteamérico Ghioldi proclamaba: "se acabó la leche de la clemencia".

Mientras el terror ahogaba al pueblo, todas y cada una de las transformaciones del peronismo eran combatidas en un intento calculado para colocar nuevamente a la Argentina en el esquema colonial de la división internacional del trabajo bajo la égida del poder imperialista y sus aliados internos. Se desnacionaliza la economía poniéndola bajo la órbita del lucro oligárquico, se desarma la ta-

rea social como marco reivindicativo de una sociedad justa y la sinrazón proscrip-
tiva y represora reemplaza al protagonismo popular.

Pero sobre los resabios de 10 años de realizaciones que soportaban la embes-
tida de la furia gorila, había algo que las maquinaciones imperiales no pudieron
desactivar y esto era el pueblo mismo; un pueblo que se replegó a su última fila:
la familia peronista. Acuñaando en su seno otra camada de peronistas que nacieron
al calor de la resistencia a lo largo y a lo ancho del país, y de la cual nació
la JUVENTUD PERONISTA que conocemos hoy.

LA JP Y LA PRIMERA RESISTENCIA.

EL devenir histórico argentino es lo suficientemente claro como para que se
trasluzca en él que tras cada victoria parcial de las clases opresoras, las fuer-
zas populares se organizan, estrechan filas y se alistan para despegar hacia su
renovada vigencia política. Después de Caseros llegó la causa Yrigoyenista, y lue-
go de los sables de Uriburu los descamisados de Eva Perón le sacudieron el trase-
ro a la antipatria. Ahora, tras el derrocamiento del régimen democrático, la lu-
cha contra los usurpadores no se hizo esperar, y en ella la juventud volvía a de-
cir presente. En 1957 los comandos dispersos de la JUVENTUD PERONISTA que habían
surgido al calor del permanente ejercicio político o gremial, se autoconvocaban
como mesa ejecutiva de Capital Federal y el Gran Buenos Aires, para determinar
las primeras líneas de acción que habrían de orientar las primeras prácticas de
la coyuntura. Nombres como el de Jorge Rulli, Miguel Unamuno, Eldar el Kadre,
Gustavo Rearte, Alejandro Alvarez o Alberto Brito Lima son sólo algunos de los
actores de lo que quizás fue la primera reunión orgánica y abarcativa de la JU-
VENTUD PERONISTA durante la resistencia.

El régimen oligárquico, por su parte, fijaba una estrategia que asegurara
la continuidad de su control sobre el cuerpo social, le permitiera perpetuarse
en el tiempo y contuviera a su vez el creciente enfrentamiento que el peronismo
planteaba desde la oposición forzada. La formación del Comando Sindical Peronis-
ta en marzo de 1956, la huelga metalúrgica de junio de ese año que se prolonga
por dos meses y deja como saldo 40.000 obreros despedidos, y la creación en los
primeros meses de 1957 de las 62 Organizaciones, eran tácticas que denotaban que
el movimiento nacional no se rendía. Presionado por el descontento de numerosos
sectores que comenzaban a quitarle su apoyo, sabedor de que la represión indis-
criminada ya no era garantía para el sometimiento de los trabajadores y la entre-
ga nacional, el régimen otorga elecciones condicionadas en 1958 proscribiendo al
peronismo. Perón, sin posibilidad de ser alternativa electoral, acuerda con Fron-
dizi, El político radical intransigente se comprometía a promulgar una ley de A-

sociaciones Profesionales, dar garantías de legalidad progresiva al peronismo y avanzar en la perspectiva de una política económica nacional; y Perón, por su parte, elegía el mal menor.

Pronto la alianza se descompondría. El gobierno pseudo-democrático había entusiasmado los anhelos de la pequeña burguesía, la burguesía industrial no ligada al imperialismo y los sectores intelectuales, fundamentalmente de izquierda. Pero en aquel bloque había un convidado de piedra que por razones obvias sólo esperaba a su líder: los trabajadores. Asediado por las cúpulas castrenses que exigían una encendida vigencia antiperonista, imposibilitado de contener el caudal revolucionario y participativo de la clase trabajadora a la cual no representaba, preocupado por incipientes grupos de JUVENTUD PERONISTA que reivindicaban la guerrilla rural como los Uturuncos en Tucumán o Los Bravos en Salta, y envuelto en los efectos de una política contradictoria y maquiavélica, la gestión de Frondizi se desmoronaba indefectiblemente. Dócil ante el imperialismo, permitió el ingreso de inversiones extranjeras en sectores vitales como el petróleo o la industria automotriz; carente de sustento social implementa el plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) para sojuzgar las continuas exigencias de un proletariado en lucha; y endeble en lo político, fracasa en política internacional y en lo que fue su golpe de gracia, anula las elecciones provinciales de 1962 tras la victoria de la fórmula peronista Framini-Anglada en la provincia de Buenos Aires. Descontrolado y sin manejo de la situación política, el imperialismo decidió que la UCRI ya no le servía.

Pero la conjunción oligárquico-imperialista necesitaba una máscara democrática que entretuviera a los sectores medios aún distantes de las posiciones populares, que otorgara permanencia al esquema concesiva para con los grupos de privilegio y que hiciera las veces de muralla contra la irrupción del peronismo en el poder político. En junio de 1963 el régimen oligárquico plantea elecciones, el peronismo vuelve a ser proscrito y decreta el voto en blanco que permitiría al radicalismo del pueblo de la mano de Arturo Illia accediera al gobierno. En aquel evento la JUVENTUD PERONISTA no estuvo ausente. Mientras los aramburistas agrupados en la UDELPA pegaban afiches que lucían la inscripción "luche y no vuelve" refiriéndose a Perón, los compañeros que militaban en diferentes grupos realizan una operación tendiente a destruir sus posibilidades comiciales. 10.000 afiches con una carta de Susana Valle, hija del General fusilado tras la insurrección del 9 de junio del '56 fueron pegados en Buenos Aires. Por esta época, tres de los presos más importantes de la juventud, El Kadre, Rulli y Espina, editan la revista "Trinchera" como órgano del MJP, que se conforma por primera vez como organización nacional, realizando congresos en Córdoba, Buenos Aires y Tucumán.

El nuevo gobierno, más allá de algunos aciertos y numerosos errores, estaba impugnado de origen: era un instrumento del sistema imperialista cuya finalidad primordial residía en legalizar una realidad de represión y sometimiento político del pueblo argentino, mediante un barniz pseudo-constitucional que aún hoy, tristemente, sigue entusiasmando a los liberales de derecha y de izquierda que parecen olvidar su vicio fundamental, y porque no, la larga lista de empresas entregadas a corporaciones transnacionales, su filosofía patronal en el aspecto social, la represión en el acto del 17 de octubre de 1964 frustrando los festejos populares, la política económica abúlica e ineficiente, y lo que significó tal vez, la muestra más clara de la función y los objetivos que aquel gobierno en el marco político interno: en mayo de 1964 se frustra la llegada del General Perón a la patria con la descarada complicidad del presidente de la Nación. Dirá Pavón Pereyra de aquel suceso: "La llegada del General Perón al Río de la Plata iba a cambiar el mapa político de América Latina. Su sola presencia en Sudamérica podía significar su inmediato acceso al poder en la Argentina y la ruptura del orden interamericano. ¿Cómo iba a hacer eso un hombre que no cuenta con la adhesión de las FF.AA, sin cuya colaboración hubiera sido imposible romper la legalidad existente en la Argentina de 1955?"

El gobierno del doctor Illia, como el que adolece de sustento popular, flaqueó pronto. Golpeado por el sindicalismo en tanto obstáculo objetivo hacia el retorno del estado revolucionario peronista, acosado por los militares que ya no veían en él a un candado seguro contra la estrategia de Perón de recuperar el poder, el 28 de junio de 1966 las FF.AA retornaban a la Casa Rosada.

Por aquel entonces, la resistencia peronista comenzaba a bifurcarse en dos líneas claramente diferenciadas: la que planteaba la no integracional régimen con una táctica permanente de enfrentamiento y lucha por un lado, y por el otro ciertos sectores sindicales y autollamados neoperonistas enrolados tras la figura de Vandor, que sostenían la necesidad de fundar una suerte de partido laborista, desconociendo la práctica movimientista, despreciando la conducción suprema de Perón, todo esto acompañado de una táctica acomodaticia y oportunista con respecto a la proscripción oligárquica. La CGT de pie junto a Perón liderada por José Alonso [redacted] y la CGT de Azopardo conducida por Vandor, marcaban nítidamente el tentáculo gremial de dos concepciones o maneras de entender el mandato histórico del peronismo: como alternativa definitiva del destierro oligárquico y agente popular de la revolución nacional y la justicia social; o como partido burocrático al servicio de la desviación política de los objetivos del peronismo y entregado al proyecto imperial de un pueblo domesticado.

Hacia 1968, la Argentina contemplaba el vertiginoso ocaso de una estructura de poder que flaqueando por inoperante y meramente contestataria, se veía imposibilitada de contener o desviar los enérgicos planteos revolucionarios, fueran éstos tácticos o estratégicos, con que la resistencia popular la apremiaba; y era conciente además, de que su agotamiento político sería el pronto resultado de una decantación histórica inevitable. Más de 13 años de dominación oligárquico-dependiente orquestando la pauperización y la calamidad social, el sometimiento económico y el fraude político; varios intentos de democratismo colonial que naufragaron en su fragilidad, la recalcitrante mentalidad gorila de un partido militar determinado a omitir una correcta apreciación de la problemática nacional y, fundamentalmente, el creciente despliegue combativo de importantes sectores de la sociedad argentina de la mano con una clase trabajadora que exigía su regreso al poder, marcaban la endeblez de un esquema represor que indefectiblemente tendía a desmoronarse. Despojado de otro consenso que no fuese el de los grandes capitalistas o los terratenientes y deambulando en un mar de indefiniciones, el régimen era un inmenso fracaso histórico que se caía por su propio peso. Para colmo de males, el títere imperial de turno, Teniente General Onganía, era el más preciso ejemplo de lo intolerable. Clerical y medioevalista en lo cultural, autoritario en lo político, y bruto en lo intelectual, su programa económico era dictado por los intereses de los monopolios extranjeros radicados en la Argentina y los grupos oligárquicos ligados a tales intereses. Su ministro Krieger Vasena estableció un plan de estabilización. Con este plan congeló los salarios y concedió créditos a la gran empresa extranjera. Permitió a ésta eliminar del mercado a la pequeña empresa nacional, y entregar los bancos nacionales al control imperialista. La paciencia popular llegaba a su límite.

El 29 de mayo se producía el brusco estallido de un pueblo sometido, en una de las expresiones de lucha liberadora más trascendente de la historia nuestra: el "Cordobazo". Hastiado del fascismo aggiornado del presidente Onganía y profundamente decidido a socavar los cimientos de 15 años de despojo imperialista, la rebelión del pueblo ganó la calle violentamente. Vuelco de autos, rotura de vidrieras, quema de locales de empresas transnacionales fueron el común denominador de un movimiento que no sólo repercutió en Córdoba, sino que se extendió además a Corrientes, Rosario, Tucumán y Salta. El 4 de junio de 1969 los sacerdotes por el Tercer Mundo comentaban el evento: "Es falso que los incendios y destrozos realizados hayan respondido a un plan premeditado para realizar actos de vandalismo indiscriminado. Hemos podido comprobar que todo comenzó con una marcha de obreros y estudiantes desarmados que se vieron obligados a defenderse con todo lo que tu-

vieron a mano, después de que la policía utilizó contra ellos sus armas de fuego matando a mansalva a algunos de los manifestantes. Es necesario que el pueblo se organice desde abajo. Es imprescindible esclarecer los objetivos, no sólo el inmediato de luchar contra las estructuras actuales, sino el mediato de construir la nueva sociedad."

El "Cordobazo" señalaba, además la gestación ya incontenible de una resistencia cada vez más resuelta que bebía del descontento popular, un multitudinario protagonismo juvenil que tal vez como nunca, se iría profundizando definitivamente.

LA NUEVA JUVENTUD PERONISTA:

Un fenómeno inocultable caracterizó el segundo lustro de la década del sesenta: a la tradicional fidelidad de la juventud trabajadora y desposeída, se le sumó al Movimiento Nacional, como aditamento enriquecedor y novedoso, la adhesión de una numerosa muchachada proveniente de las clases medias nacionalizadas que lentamente se acercaban al peronismo. Hijos de la Revolución Libertadora, herederos desprevenidos de las posiciones antipopulares de sus padres, eran espectadores disconformes del desastre en que todo aquello había arrojado a la nación. Escepticos de los prejuicios políticos que los precedían, atraídos por la figura casi mítica del líder exiliado por los responsables de la Argentina frustrada, y la vigencia de un proyecto de país que ganaba consenso actual en base a conquistas revolucionarias de un pasado concreto, hacía que los "cajetillas" del 45 trataran de encauzarse en las luchas populares.

La organización que acapararía masivamente este fenómeno fue "Montoneros". Creada y conducida desde un principio por jóvenes de diversas e incluso antagónicas extracciones ideológicas, no tardó en alcanzar notoriedad. Nombres como el de Mario Firmenich o Juan Manuel Abal Medina provenientes del nacionalismo católico, o militantes provenientes de hogares peronistas como Rodolfo Galimberti y Norma Arrostito serían los fundadores de una organización que poco a poco se convertiría en la gran convocante de las energías juveniles de la época. Levantando incondicionalmente las banderas del enfrentamiento sin cuartel con la dictadura militar, predicando la necesaria vigencia generacional en el Movimiento, con una mística operativa que movilizó a una asombrosa cantidad de jóvenes y asumiendo de lleno la práctica armada como instrumento desgastante para la vuelta del peronismo al poder, "Montoneros" representaba sin duda alguna una alternativa de poder inigualable para la juventud. Gestores de un considerable aparato político, un atrayente discurso teórico y formas organizativas abarcentes y profundas, fue-

ron ocupando un espacio legítimo y avalado en un principio por el propio Perón. El asesinato del General Aramburu y el copamiento de la Calera fueron los antecedentes que darían paso a la arrolladora vigencia del proyecto "Montonero".

Pero poco a poco aquella experiencia se convertiría en un boomerang que sacudiría la propia estrategia revolucionaria del conductor del Movimiento. Se nos ocurre fundamental entonces, divisar los principales errores de este proyecto que atrajo la atención de toda una época, y que movilizó a una generación que siendo peronista, divisaba en el movimiento una posibilidad concreta de liberación nacional. La confusión ideológica fue tal vez el más grave. Reivindicando la prédica de actualización doctrinaria ejercida por Perón, Montoneros confundió actualizar una doctrina con "cambiar" una doctrina. No estamos dispuestos aquí a desatar una arenga macartista que se contente con etiquetar a los Montoneros de ateos, como si la esencia revolucionaria del peronismo consistiera en asistir a misa cada domingo; o de asesinos, como si desconociésemos que la violencia era un ingrediente cotidiano en aquella coyuntura; ni caeremos en el anatema torpe de suponer que el peronismo es una suerte de dique de contención para con el marxismo, lo que impediría el perfeccionamiento histórico del mensaje de Perón. Pero hay una característica del pensamiento justicialista que es invariable y los Montoneros no respetaron: la revolución es esencialmente nacional, y por lo tanto, autónoma y decididamente alejada de estructuras científicas extraídas de teorías occidentales, que como tales, resultan parciales e insuficientes para comprender nuestro universo cultural y nuestras singulares prácticas políticas. El socialismo nacional de Perón no es una trayectoria nacional hacia el socialismo científico e internacionalista, sino la particularidad geocultural latinoamericana hacia un pensamiento social tercermundista, tan distante de una como de otra ideología dominante. Desde ese error primero, los demás llegaron casi naturalmente: el foquismo, entendido como práctica voluntarista alejada de las masas; el sectarismo fracturista, como desprecio a las estructuras orgánicas del Movimiento; oscuros contactos con la Internacional Socialista; y el decisivo, el que decretó su muerte política y con ello la esterilización participativa de mucha juventud: la disputa del poder con Perón presentándose como alternativa de conducción. Volveremos más adelante sobre esto.

Paralelamente, a nivel nacional, comenzaban a tener vigencia las organizaciones de cuadros, que desde 1967, al amparo del trajín político que ganaba la sociedad argentina, fueron creando un trabajo con trascendentes niveles de desarrollo. Actores indudables de la resistencia peronista, practicaron una adecuada inserción territorial, como toda estructura de la época, tuvo la gran virtud de abrir cau-

ces de lucha al fervor militante y creativo de miles de jóvenes, ganándolos para una propuesta de recambio que Perón exigía desde Madrid hablando del transvasamiento generacional. Responsables de una aceptada formación de cuadros técnicos, teóricos y políticos y respetuosas de la conducción suprema de Perón, las organizaciones de cuadros cumplieron una función importante pero reducida y estrecha. Con dirigentes surgidos del maoísmo e incluso del trotskismo, tales como Juan Bardoneschi o Simón Simovich, funcionaron como verdaderos partidos dentro del movimiento y fueron adquiriendo los vicios de todas las élites sectarizadas: el aburguesamiento de sus cuadros intermedios, una descarada lucha por el poder, el colocar los objetivos del grupo por sobre los totalizadores del Movimiento y el querer fabricar cuadros múltiples que en definitiva no organizaban su propio sector social ni al que eran remitidos, fueron algunos de ellos. Estas estructuras, cuyos modelos eran los grupos europeos de principios de siglo y cuyas reglas se basaban sobre la disciplina, la absoluta verticalidad y la adopción de formas militares de funcionamiento, tuvieron un ciclo de existencia alcanzando un pico hasta el cual se llenan todos los estamentos de la conducción y luego de lo cual los defectos propios conducen a células cerradas. A diferencia de "Montoneros" y con la sola excepción de FEN (Frente de Estudiantes Nacionales) en el 68, 69, 70, carecieron de una táctica sensata para con los sectores universitarios, desarrollando por el contrario un accionar desfasado e ineficaz para el medio. Las principales fueron Encuadramiento, La Organización Unica del Transvasamiento Generacional (OUTG), fusión de Guardia de Hierro y FEN, pasando por otras menores como los comandos tecnológicos de Julián Licastro.

Sumado a todo esto, un amplio espectro de agrupaciones completaban el panorama político de la etapa, abarcando desde las concepciones derechistas de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) hasta el más extremo militarismo operacional representado en Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), pasando por el (FANDEP) Federación de Agrupaciones Nacionales de Estudiantes Peronistas, (UEL) Unión de Estudiantes del Litoral o el Peronismo de Base posteriormente disuelto en Montoneros. Nombres como el de Alejandro Alvarez, Rubén Contesti, Raúl Carignano, Roberto Grabois, Carlos Grosso o Roberto Quieto son sólo algunos de los que se destacaron por aquel entonces.

La dictadura oligárquica desfallecía. A Onganía lo sucedió Levingstone y a éste, el hombre que comenzaría a gestionar una salida en apariencia democrática: Alejandro Agustín Lanusse. Sin espacio ya de maniobra, acorralado por una realidad social que lo desbordaba, incapaz de soportar la embestida política de Perón, acosado por la resistencia inquebrantable que el pueblo le planteaba, el sistema oligárquico-imperialista sabía que luego de 18 años, no podía evitar que el pero-

nismo tuviese la oportunidad de acceder al poder. A la oposición sistemática de los trabajadores, el régimen debía sumarle ahora la de muchos de los sectores que habina sostenido la Revolución Libertadora: una izquierda más cercana en algunos casos a las posiciones nacionales, una iglesia que avalada por los aportes doctrinarios del Concilio Vaticano II o la encíclica Populorum Progressio, postulaba el tercermundismo revolucionario y la igualdad social, y una universidad que exigía el fin de la dictadura. Sin otra salida a la cual asirse, Lanusse otorgaba elecciones que autorizaban acabar con la proscripción, pero con una dolorosa condición: Perón, el hombre maldito por la oligarquía, no podía ser candidato. Pese a todo, con la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima liderando un frente popular de orientación antiimperialista, el peronismo se alistaba a recuperar el control político de la nación.

Impulsado por el arrollador éxito electoral del 11 de marzo de 1973, el peronismo retornaba al poder arrastrando las costosas implicancias de 18 años de oposición clandestina, sistemática y desgastante ante el enemigo imperial. En su condición de principal convocante de las reivindicaciones nacionales y conciente además, de la terrible decisión del régimen por obstaculizar la vuelta a un estado revolucionario similar al de 1946, el Movimiento Nacional debió avalar e incluso fomentar una táctica variada y en ocasiones desmedidamente heterogénea. Firmemente persuadido de que la contradicción primera de la vida argentina residía en la posibilidad del pueblo de expresarse políticamente hacia su liberación definitiva, Perón acuñó en el frente de lucha a honestos, mediocres o brillantes siempre y cuando aportase un elemento vitalizador a los ojos de su estrategia general. Por otra parte, la obligada lejanía de Perón, si bien le daba a éste una lúcida y objetiva visión del gran caudal de hechos que hábilmente conducía, le quitaba al dispositivo orgánico del Movimiento un mínimo control sobre sus componentes, los proyectos que encaraban y los intereses que defendían. Sumado a esto, las dos tendencias que se habían disputado la representatividad en el seno del peronismo, conciliadora y burocrática una, intransigente pero apresurada otra, parecían consolidarse como instancias antagónicas e irreconciliables. Desconociendo una ancha franja popular que tendía a observarlos con cierto escepticismo, poco a poco fueron cristalizando en el enfrentamiento interno una sangría innecesaria que le costó al peronismo gran parte de la estabilidad constitucional que requería para su proceso revolucionario. Lo que durante el período de la resistencia se había embanderado tras la figura ya desaparecida, muerto en un atentado el 30 de junio de 1969, de Vñdor, conformaban lentamente una derecha palaciega, intrigante y peligrosa; y los sectores juveniles más radicalizados que durante la proscripción oligárquica habían colaborado protagónicamente en la oposición peronista, se convirtieron en un cerrado aparato militar que cayó en el elitismo pseudorevolucionario, sin asimilar que la llegada del gobierno popular significaba el fin de la guerra y el inicio de la política. Para colmo de males, comenzaba a gestarse en el seno mismo de aquel gobierno un tumor que acabaría por radicalizar el desgarramiento intestino, tornándose en uno de los grandes responsables del trágico final de nuestra tercera experiencia revolucionaria: el lopezrreguismo.

El muestrario más dramático de todo esto se presentó el 20 de junio de 1973. Ese día se frustra la fiesta popular de reencuentro del pueblo con su líder. A 4 km del aeropuerto de Ezeiza cerca de 4 millones de personas se dan cita para recibir a Perón que retornaba definitivamente a la Patria. El caos estalló. En un frente la agrupación Montoneros conduciendo grandes contingentes entre corralitos

coreando por la patria socialista; en el otro, grupos de derecha, sindicales y militares. Se preparaban para un enfrentamiento armado que nada tenía que ver con el pueblo, que produjo numerosos muertos, y que marcaba dos proyectos de poder que dejarían de ser los de Perón.

En medio de aquel caos creciente, Perón buscó en un principio equilibrar la balanza encauzando las desviaciones políticas dentro de su proyecto de transformación antiimperialista. Desde una reivindicación histórica para la juventud como era participar institucionalmente en la dirección del Movimiento como una rama más pasando por una distribución equitativa de poder tanto en lo legislativo como en lo ejecutivo, Perón, luego de solicitar la renuncia del presidente Cámpora y declarar nuevas elecciones que lo consagrarían junto a su esposa Isabe Perón, y apelando al incalculable ascendiente que ejercía sobre las masas, se disponía a golpear a la oligarquía con lo poco o con lo mucho con que contaba en la coyuntura. Traía para ello la idea de un proyecto nacional, abarcativo y profundo, y un espíritu frentista y unitario basado en las coincidencias de los sectores antiimperialistas tras las banderas de una democracia social y participativa. Veamos algunas de las conquistas concretas de ese período:

- 1) Ley de inversiones extranjeras.
- 2) Impuesto a la renta normal potencial de la tierra.
- 3) Creación de la Corporación de empresas del estado.
- 4) Nacionalización de las exportaciones de granos y carnes.
- 5) Nacionalización de los depósitos bancarios.
- 6) Ley de promoción minera.
- 7) Universidad popular, con ingreso irrestricto, becas y comedores estudiantiles
- 8) Política internacional tercermundista, con el ingreso al Movimiento de no Aliados y apoyo incondicional a la revolución cubana desconociendo las presiones yanquis.
- 9) Nacionalización de entidades parabancarias.
- 10) Reforma del sistema impositivo, por medio de 12 leyes que modernizan el sistema permitiendo una más justa distribución de la carga tributaria.

Aun ganando por la desorganización y la decadencia de ciertos sectores dirigentes que oscilaban entre la obsecuencia estéril y repetitiva hacia Perón, y la conspiración o la incapacidad política, el gobierno constitucional parecía controlar las fuerza contradictorias que contenía en su estructura interna. Pero aquello no podía durar mucho. Incontrolables e irrespetuosos de la síntesis conductiva del Movimiento Nacional y máximo líder de los trabajadores, sin una política comprensiva de la renovada legalidad democrática y cuestionado incomprensiblemente su

proyecto estratégico, Perón expulsa a los Montoneros de la Plaza de Mayo el 1 de mayo de 1974. Al respecto diría: "No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina ni a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades dicen. No es gritando la vida por Perón que se hace patria. Los viejos peronistas lo sabemos y tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias. Los que pretextan lo inconfesable aunque cubran sus falsos disignios con gritos engañosos o se empeñan en peleas descabelladas no pueden engañar a nadie". Pero el fin de sus días se aproximaba. Testigo desgarrado de una revolución entorpecida, se despedía de su pueblo el 12 de junio de 1974, convocándolo a la lucha. En la mañana [redacted] del 1 de julio, ante la congoja popular, moría un viejo patriota.

La muerte de Perón, como no podía ser de otra manera, significó un verdadero desastre para nuestro gobierno y nuestro movimiento. Habitudo a las prácticas gregarias y al mandato unipersonal, la nueva coyuntura sorprendía al peronismo con carencias inevitables y una gran incertidumbre organizativa. Sin poder superar los vicios generados a la luz de la resistencia, vacío de conducción y sumido en la desestabilización proimperialista que ya tomaba cuerpo, la esperanza del 73 se desmoronaba. Debilitado el proyecto Montonero, el ala derecha tomó fuerza súbitamente y el lopezrreguismo ganó buena parte del aparato del estado. Todo lo urdido por Perón se derrumba y sectores claves del gobierno caen bajo la influencia de la infiltración orquestada por Lopez Rega, quien desde la supreestructura procuraba entregar en bandeja el gobierno a la reacción militar oligárquica. Ante la impotencia de la presidente Isabel Perón, a la que parecía escapársele el control político de la situación, figuras recalcitrantes como Oscar Ivanissevich o Alberto Ottalagano en lo educativo, Emilio Mondelli o Celestino Rodrigo en lo económico y el accionar impune de organizaciones parapoliciales tristemente célebres como la AAA, desfiguraban un gobierno que tentaba aciertos como las leyes de Contrato de Trabajo o la nacionalización de las bocas de expendio de petróleo, pero se mostraba endeble y dubitativo frente a la reacción imperial que se hacía fuerte aprovechando las grietas de la gestión constitucional apenas podía disimular. Recién a fines del 1975 el movimiento iniciaba una lenta reconstrucción, con la huelga general del 27 de junio que significaría el fin de la infiltración lopezrreguista y las elecciones internas que darían como presidenta del partido a la señora de Perón. Pero todo era inútil. En el reloj del golpismo era demasiado tarde para el cambio.

Las organizaciones juveniles apenas si escapaban a la crisis que envolvía al peronismo. La Organización Unica del Transvasamiento Generacional (OUTG) se disolvía el mismo día de la muerte de Perón en una incomprensible maniobra polif-

tica. Encuadramiento sufre el proceso de disolución que afectaba al cuerpo del movimiento y apenas si se sostiene hasta fines del 75. Montoneros, por su parte, trabajaba ya en la clandestinidad y propiciaba el golpe , con su insólito terrorismo urbano sumido en el ideologismo de que a una nueva opresión oligárquica sobrevendría el levantamiento armado del pueblo.

Jaqueado por la maquinaria imperial que planeaba despejar al pueblo de su herramienta política, inmerso en contradicciones que lo debilitaban y defenestrado nuevamente por los libertadores del 55 tal vez con otros nombres, el tercer gobierno peronista cae el 24 de marzo de 1976. La muerte y el hambre anunciaban su reinado en la República.

Las organizaciones juveniles peronistas atraviezan el 24 de marzo inoperantes, anarquizadas, cómplices pasivos de la derrota y fundamentalmente lejanas de aquella dimensión que tomaron en la lucha de la resistencia. Nulas de vitalidad política y sumidas en la vorágine de la decadencia de nuestro gobierno, fueron un factor más del drama interno que colaboró con la desestabilización imperialista: en un momento en el que todas las energías del peronismo deberían haber estado orientadas a defender el gobierno y articular los canales orgánicos de recambio dentro de él, la actuación esclerosada de una dirigencia incapaz de generar en el pueblo la suficiente confianza en el estado como para defenderlo y el accionar necio de numerosas estructuras de base, nos condujo a una derrota nacional mucho más costosa que cualquiera de nuestros defectos.

La usurpación militar, encabezada en un principio por la junta del General Videla, el Brigadier Agosti y el Almirante Massera, y liderada finalmente por el propio Videla, reiteraría trágicamente las orientaciones sistemáticas que la comunión oligárquico-imperialista reserva para cada ocasión en que su política de explotación rige los estamentos de poder. La economía, bajo el arbitrio de José Alfredo Martínez de Hoz, se transformó en un instrumento al servicio de la concentración terrateniente. El sistema financiero pasó a constituirse en una compleja maquinaria subordinada a la especulación parasitaria, lo que produjo el virtual derrumbe de la industria nacional y el súbito enriquecimiento de los usureros de turno. Una calculada desnacionalización de los pilares básicos de nuestra independencia económica decretaba la pérdida de nuestra autonomía decisoria, y la recesión, como gran síntoma del cancer nacional, agobiaba al salario. En lo social, la insensibilidad oficial, la miseria, la desocupación y la más completa desprotección del trabajador, fueron los ejes de la crisis que no tardó en envolver a las clases populares. En lo cultural, una concepción educativa dependiente y elitista en la cual el pueblo pasó de partícipe inmediato y sujeto creador a ser un convidado de piedra sin posibilidad de acceder a una educación con sentido comunitario. Y en lo político, la injerencia de los imperios en nuestro desenvolvimiento interno y el más descarado alineamiento en los designios del bloque imperialista desconociendo nuestra verdadera inserción geopolítica, privilegiando el absurdo mundo occidental y cristiano por sobre nuestros aliados del Tercer Mundo, fueron claros indicadores de la entrega nacional. Todo ésto pudo llevarse a cabo merced a una pavorosa represión, que bajo la excusa torpe de una mesiánica lucha antisubversiva, se tradujo en miles de muertos, presos políticos, numerosos centros de tortura, campos de concentración inundados de detenidos clandestinos y por si esto fuese poco, la desaparición forzada de personas terminaba por completar el horror cotidiano.

Los dos principales objetivos de estas políticas de desastre fueron la juventud, en tanto comprometida en su realidad social y recambio futuro en las luchas revolucionarias, y el movimiento obrero, como artífice de una resistencia si bien no tan persistente y firme como la de 1955, comenzó a insinuarse desde un principio con los movimientos reivindicativos de Luz y Fuerza que costaron la desaparición del compañero Oscar Smith o la gran huelga general ferroviaria de octubre de 1977. Los sindicatos fueron intervenidos o reemplazados sus dirigentes más consecuentes por conspicuos colaboradores de la dictadura, se arrasaron sus obras sociales, quedó abolida la ley de Contrato de Trabajo 20744 y fueron despedidos, encarcelados o muertos los dirigentes gremiales de base no dispuestos a negociar con el estómago de sus compañeros. Por otro lado, los centros de estudiantes fueron prohibidos, toda actividad política cercenada, y cualquier forma de expresión juvenil reducida a la televisión 'idiotizante, el cine de la censura moralista y reaccionaria, o a cualquier moda injertada artificialmente que permitiera sustraer a los jóvenes del período negro que azotaba a la nación.

Las cúpulas de todas las organizaciones negocian la derrota. Montoneros salva sus conducciones mientras las cárceles se llenan de compañeros, Encuadramiento arregla con la Iglesia la salvación de su estructura y cuadros intermedios, mientras Guardia de Hierro hace lo propio con la Marina. En definitiva, todos los grupos juveniles de cuantía procuraron resguardar la supervivencia de sus estructuras políticas pero fundamentalmente la vida de sus compañeros.

Sostenido por el inexplicable consenso que generaba en las clases medias, que volvían a complicarse increíblemente en el engaño de la oligarquía, reviviendo su anacrónico antiperonismo, volviendo a exhibir su estrecha visión de la realidad argentina y sometida al terrible aparato psicológico y propagandístico dispuesto a apuntalar al régimen, los usurpadores operarían con cierta impunidad hasta comienzos de 1979, en que las esporádicas y desesperadas reacciones que se generaban en el movimiento obrero, tomaron forma orgánica en la huelga general del 27 de abril de 1979, que costó la prisión de todos sus convocantes. La juventud, por su parte, intentaba concretar sus primeras tentativas de enfrentamiento con la dictadura, que recién alcanzarían cierta importancia hacia principios del año 81 con la aparición de la revista Línea, surgida del viejo Encuadramiento y bajo la conducción de Rubén Contesti, o con las primeras experiencias de captación y organización a cargo de Sergio Tenenbaum, en ese entonces secretario del vicepresidente del partido Escribano Bittel.

Hacia mediados de 1979, la política económica recesiva y la explotación social propiciadas por Martínez de Hoz, hacían patente una debacle que lentamente

marcaría el desgaste oligárquico-militar. La creación de la multipartidaria integrada por Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y la Democracia Cristiana, las crecientes reclamaciones obreras, el indudable protagonismo de las Organizaciones de Defensa de los Derechos Humanos que semovilizaban reclamando por las atrocidades represivas de la dictadura y el accionar de pequeñas organizaciones de base constituían un polo de resistencia civil que con limitaciones y errores, empujaban al régimen a flexibilizarse y abrir el diálogo. En el elenco gubernamental cambiaban los hombres, pero continuaba la entrega. Videla dejaría su lugar a Roberto Eduardo Viola y éste, tras un paso fugaz, a Leopoldo Fortunato Galtieri, ^{PERO ANDAS} seguían mostrando la cara de la represión y de las ollas populares que ya constituían un acuciante flagelo social.

La soberbia militar, con su corte de amanuenses civiles prestándose al juego imperial, parecía inamovible. Pero la decadencia era ya ostensible. La Confederación General del Trabajo de la calle Brasil liderada por Saúl Ubaldini despreciando el dialoguismo obsecuente de Jorge Triacca que rescatando las mejores tradiciones del peronismo domesticado parecía propiciar la dignidad de la dictadura, llama a huelga general y concentración en diversos lugares del país, el 30 de marzo de 1982. La iniciativa tiene pleno éxito; tanto que el gobierno reprime matando a dos manifestantes en Mendoza y encarcelando a los responsables de la convocatoria. Todo parecía derrumbarse. Pero el régimen todavía guardaba una carta en la manga.

El 2 de abril, en un intento desesperado por distraer la creciente resistencia del pueblo, pero con el apoyo de los sectores nacionales de las FF.AA, se invaden las Islas Malvinas, concretando una medida dilatoria por un lado, pero consagrando una reivindicación histórica de la soberanía nacional por el otro. El pueblo se moviliza defendiendo la causa y el imperio anglo-yanqui embarca a sus chacales y se dispone a sostener militarmente su opresión colonial. Sin convicción real en la lucha, con un digno representante de la banca británica en el Ministerio de Relaciones Exteriores, un testaferro de los capitales suizos y fiel heredero de la escuela neoliberal en la conducción económica y un nene mimado por los Estados Unidos en el manejo político de la guerra, todo aquello desembocó en una dolorosa derrota que regó con la sangre de muchos patriotas una causa nacional que no debemos olvidar para poder reivindicarla definitivamente en el futuro. El 14 de junio, en medio de la improvisación y el descalabro, Argentina se rendía y entregaba las Islas Malvinas a su antiguo gobernador, Rex Hunt. La indignación ganó las calles, hasta los indecisos sabían que aquello ya era intolerable. Una

semana después Galtieri cae y es suplantado por el General Bignone, que el 1 de julio de ese año levanta la veda política y anuncia la pronta vuelta a una democracia, que sin embargo tardaría 16 meses en llegar.